

Espínola en Wroclaw, 1948

INCORPORAR escritores libres para la lucha por la paz no era nada fácil en un país de una libertad tan particular como Uruguay. Dar un paso en falso, en 1948 podía ser fatal. No se encontraban escritores a disposición de una idea tan sencilla como la de rogar en términos muy simples por una paz estable. Un congreso de intelectuales, si se realizaba en Nueva York, aparecía como pagado por el dólar. Si en Wroclaw, por el rublo, Polonia no resultó equidistante para muchos intelectuales. De ahí que resultase tan ardua la lucha inicial. Cuando acepté marchar a Polonia me pidieron que buscara un compañero sano, de valor moral y de coraje como para enfrentar los hechos sin los temores sembrados eficazmente por la prensa que responde a Wall Street. Pensé en Francisco Espínola. Alguien, a mi lado, dijo el nombre de José Bergamín. Pero este escritor español residente en Montevideo no estaba tan libre de prejuicios como para aceptar la invitación. En cambio, Espínola se hallaba al margen de toda sospecha, y bastó insinuarle la invitación para que la aceptase. La suegra de Espínola había nacido en Wroclaw, y Dolly, la mujer de Paco, quería que su marido atravesara la "cortina de hierro", tan infranqueable en aquellos momentos. Y Espínola fue el único que sin pisar el suelo europeo del lado occidental, entró a Polonia por detrás de la cortina de hierro. Voló de Montevideo a Praga. Se deslumbró con la capital checa y apareció en Wroclaw, cuna de su suegra, en un tren lento, que le sirvió para conocer a algunos congresales, a los que Espínola llegó a querer por la forma entrañable en que ellos se condujeron con él durante el viaje. Recuerdo a una señora entrada en años, perteneciente a una delegación extranjera, que emocionó a mi amigo. Hasta llegó a conocer a escritores yanquis de menor talla, que quizás concurren "como populares espías" de su país, tan bien organizado. Espínola llegó a Wroclaw (Breslau en tiempos pasados), y de la estación siguió al hotel. Dos días de concurrencia a las sesiones lo fueron templando para una lucha que él desconocía. No se sentía fuera de lugar ni a contramano. Le parecía bien la fraternidad que ponía en evidencia a cada instante. Las terribles ruinas de la martirizada ciudad le harían pensar en su suegra, en las muchas mujeres que cayeron bajo la metralla nazi. El

autor de Sombras sobre la tierra conquistó muchas simpatías. Cuando se supo que había perdido el equipaje, entre los congresales hubo un movimiento de solidaridad inusitada. Me ocupé rápidamente del caso, porque Espínola exigía una solución a su problema de falta de ropa. En la pequeña valija que se salvara del extravío (o robo) venían el mate y la yerba, fundamentales para el viajero maragato.

Al tercer día, lo que era un hecho frecuente en viajes y sobre todo en mítines o congresos resultó apremiante problema: Espínola, en un momento, amenazó con abandonar el congreso y regresar a París. Fue cuando me vi obligado a plantear a Boregia, admirable en el recuerdo, gran compañero desaparecido, el caso Espínola como algo "sumamente grave". El secretario general del Primer Congreso de Intelectuales por la Paz me respondió: "Pondré a tus órdenes la Brigada Femenina. Si ella no da con esas maletas es porque quedaron en Praga o... en Uruguay".

Fui interrogado repetidas veces para dar con la pista. Conociendo nuestra idiosincrasia, en un raptó de lucidez dije rotundamente: "Las valijas deben de estar en la estación. Determinen en qué gare se detuvo el tren, y es posible que allí se las encuentren". En ese momento yo pensaba en algún depósito de equipajes. Las maletas no estaban en donde yo imaginé. Estuvieron expuestas a la vista de miles de viajeros, durante tres días, en el andén de la estación de Wroclaw, en el Ferrocarril II. Recuerdo muy bien la gracia que me hizo el enterarme —yo había llegado en avión— de que plataforma o andén se escribe Peron en polaco. Eché a gritar ante tamaña revelación. A Alfredo Varela, que me acompañaba, le pareció oportuna mi exclamación. Siguió muy serio, porque no le agradaban semejantes bromas. Hasta en Wroclaw teníamos tres plataformas, Peron I, Peron II, Peron III. Y allí, en un momento de mala muerte, estuvieron exhibidas las maletas de Espínola a un mundo de gente, como provocando al robo.

Cuando las vio Boregia en el hall del hotel, me dijo: "Que no les quiten la carbonilla que hay encima. Así el señor Espínola se dará cuenta de dónde dejó sus valijas". El desconcierto y las reflexiones posteriores del escritor uruguayo puede suponerlo el lector. Yo sabía que un hombre de Montevideo —como

Espínola, que salía a viajar por vez primera— puede creer que hay mucha gente entregada a vigilar nuestras maletas.

Este episodio, nada importante sin duda, se une a dos más que danzan en mi memoria con la misma música de fondo. Se trata del extravío de la máquina de escribir portátil que Alfredo Varela recuperó en Wroclaw, precisamente. Pertenecía a un compañero brasileño, y era un precioso instrumento para cualquier periodista. El autor de "Río Oscuro" ignoraba dónde podía haberla dejado. Aquel trastorno contrariaba nuestros planes, pues había que entregarse a la búsqueda de la portátil, corriendo de un lado a otro en un auto "Chevrolet" de los que U.S.A. vendía a Polonia para luego negarle los repuestos, como trampa para la extorsión consiguiente. Recorrimos los sitios en que había estado Varela, en el auto que me había correspondido como delegado uruguayo. Lo ocupaban, además de Varela y yo, Espínola y Pierre Daix, éste con su mujer, Madeleine Ruffaud, escritora que publicaba seguido en "Lettres Françaises" de París mientras estaba ligada al citado novelista, y que luego, por esas tristemente explicables debilidades de los héroes o protagonistas de un lapso feliz, dejan de tener talento o de ser interesantes para colaborar en un semanario... Cansados de andar de un lado a otro en busca de la máquina de escribir extraviada por Varela —correo, telégrafo, restaurantes, hoteles—, decidí concentrarme y estudiar el punto. Me pregunté, y creo que en voz alta: "¿En qué momento Varela ha estado torpe y ha desobedecido ciertas normas impuestas por las circunstancias como la de no firmar inútilmente autógrafos a la salida de los locales de reunión? Una nube de muchachos nos perseguía, rogándonos la firma en libretas y hasta en hojitas sueltas de cuadernos escolares. Tiernamente, Espínola —el más solicitado por su físico, ya que todos éramos perfectamente ignorados— rubricaba: Espínola, Uruguay. Y Varela también caía en la redada y prodigaba autógrafos, en los que firmaba: Alfredo Varela, Argentina. A mí me los solicitaban siempre que no llevase la Leica en bandolera. Bastaba que descubriesen mi cámara para que se apartaran de mí, considerándome un simple fotógrafo. De manera que los cargosos muchachos —muy simpáticos, sí, pero trastornadores— caían sobre Varela y Espínola más que sobre mí.